VIDA

DE

SAN VICENTE DE PAUL,

FUNDADOR Y PRIMER SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACION DE LA MISION.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Observaciones generales sobre las virtudes de Vicente.

ANTES de hablar en particular de cada una de las virtudes de Vicente, hemos creido conveniente hacer algunas observaciones sobre cuatro ó cinco circunstancias muy notables que no poco contribuyeron á su perfeccion.

En primer lugar, nada solicitó Vicente, ni aparentó, ni aun quiso singularizarse en el ejercicio de las virtudes: su gusto particular era dedicarse á la práctica de aquellas que se tienen por muy comunes, como la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la mortificacion, el sufrimiento de las injurias, el amor á la pobreza y otras semejantes; pero nada comun fué el modo de practicarlas, y supo muy bien labrar estas piedras preciosas de la celestial Jerusalen, y darles mayor lucimiento por medio de las buenas disposiciones que tenia en la práctica que siempre ejercia por un principio de gracia y con las mas nobles intenciones, mirándolas en Jesucristo como en el mas perfecto original, para imitar sus

ejemplos, y refiriéndolas fielmente á la gloria de Dios, como único fin á donde encaminaba todas sus acciones.

En segundo lugar, no se ha limitado al ejercicio de una virtud en particular; sino que Dios le concedió tal capacidad y amplitud de corazon, que pudo abrazar todas las virtudes cristianas, y poseerlas en un alto grado de perfeccion; y, lo que es todavía mas maravilloso, se le vió sobresalir al mismo tiempo en el ejercicio de muchas virtudes, cuyas prácticas eran diferentes, y aun parecian hasta cierto punto opuestas. Tenia una profunda humildad, un gran menosprecio de sí mismo, y á la vez una valiente magnanimidad cuando se trataba de sostener los intereses de Dios. Notábase en él un espíritu infatigable para dedicarse á los negocios mas dificiles, y una maravillosa condescendencia para acomodarse á las debilidades de los mas sencillos. Hermanaba perfectamente el oficio de Marta y el de María, y al mismo tiempo se dedicaba á la oracion y á la contemplacion, sin que lo uno sirviese de obstáculo á lo otro. Muchas veces se admiraba, y con razon, la paz y tranquilidad de su espíritu, que resplandecia en la dulzura y serenidad de su semblante, bajo la carga pesada de una multitud de negocios y de las importunas exigencias de toda clase de personas: en fin, en la serie de capítulos que se van á leer, se verá la feliz reunion que habia en su corazon de toda clase de virtudes, que en alto gra do de perfeccion poseyó.

En tercer lugar, no se contentaba con poseer teóricamente las virtudes, sino que se dedicaba continuamente á ponerlas todas en práctica. Era pues del mismo parecer de aquel antiguo Padre que dijo: *El trabajo y la paciencia son los medios mas seguros para adquirir las virtudes y arraigarlas en nuestros corazones.* [1] Añadia á esto que fácilmente pueden perderse las virtudes que se hayan adquirido sin trabajo, y que solo echaban profundas raices en el corazon las que habian sido fuertemente combatidas por el huracan de las tentaciones, y se habian practicado á pesar de las dificultades y repugnancia de la naturaleza. [2]

En cuarto lugar: como era infatigable en el ejercicio de las virtudes, era tambien insaciable en la adquisicion de ellas; y por esto con verdad puede decirse que era del número de aquellos

1 Labor et patientia sunt exercitia et corroboramenta virtutum. *Lactant. lib. III. Instit. Chr.*
2 Nulla virtus sine labore perficitur. *Cassian. Col.* VII. *caput* VI.

que han hambre y sed de justicia. [1] Nunca creyó que habia hecho lo bastante para lograr esta noble conquista, sino que, á imitacion del Santo Apóstol, olvidaba cuanto bueno habia practicado en los dias pasados, y se dedicaba con todo deseo á hacer progresos para llegar á la perfeccion á que Dios le llamaba. [2]

En quinto lugar, en fin, aunque todos los que lo trataron conociesen sus virtudes, empleaba sin embargo la mayor industria para ocultarlas, y solo él no las veia, porque su humildad continuamente le ponia un velo delante de los ojos para ocultárselas; [3] de tal suerte que, con sentimientos muy opuestos á los del personage de quien se habla en el Apocalipsis, aun cuando fuese rico en virtudes y dones celestiales, se creia sin embargo pobre, necesitado, miserable y desnudo de toda clase de bienes espirituales; y por tal idea, cuando hablaba de sí mismo, se nombraba ordinariamente con la calidad de *miserable;* y aunque su vida haya sido perfectamente santa é inocente, y aunque sus dias los haya pasado enteramente ocupado en toda clase de obras santas, siempre hablaba de lo que habia hecho de un modo poco honroso para él, diciendo frecuentemente que tenia mucha necesidad de la misericordia divina por tantas maldades que habia cometido en su vida.

De este modo puede decirse que poseia un tesoro de virtudes, tanto mas seguro, cuanto mas oculto estaba para el mismo que lo poseia, teniendo tanto cuidado de ocultar, no solo á los otros, sino á sí mismo, las virtudes y escelentes dones de gracia que Dios le habia concedido, cuanto el mas vanidoso puede tener para publicar el bien que piense poseer, y del que á menudo no tiene mas que una falsa apariencia

1 Nunquam justus arbitratur se comprehendisse; nunquam dicit: Satis est, sed semper esurit sititque justitiam. *Bernard. Epistola* CCXLIII.
2 Ego me non arbitror comprehendisse. Unum autem quae quidem retrò sunt obliviscens, ad ea verò quae sunt priora extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocationis. *Philip.* III.
3 Nulla virtus latet, et latuisse non ipsius est damnum. Veniet qui conditam et saeculi malignitate compressam, dies publicet. *Senec. Epistol.* LXXIX.

CAPITULO II.

Su fe.

La fe es el fundamento de las virtudes cristianas, la base de la eterna salud, y el manjar con que el justo se alimenta en la tierra. Vicente temia hasta la mas pequeña sombra de todo cuanto podia alterar su fe, y sabia que esta cuanto mas sencilla, es mas agradable á Dios. No la fundaba ni en los humanos discursos ni en las sutilezas filosóficas, sino únicamente en la autoridad de la Iglesia. « Así como el que mas mira al sol, decia, menos le ve, así tambien » cuanto mas se quiere discurrir acerca de las verdades de la Re- « ligion, menos motivo de fe hay para creer. Por esto basta que la « Iglesia hable: nunca podremos errar sujetándonos á su decision. « La Iglesia es el reino de Dios: á su Providencia corresponde ma- « nifestar á los pastores que la gobiernan el camino que deben se- « guir, y no permitir que sigan el que puede conducirlos al error."

Estas disposiciones movian á nuestro Vicente á huir del trato de aquellos espíritus inquietos y curiosos que se deleitan en raciocinar acerca de nuestros misterios, y que parece intentan comprenderlos. La alta idea que él tenia formada de la fe, le inducia á comunicarla en cuanto podia, y con especialidad á los que contemplaba mas necesitados. De esto provenian las pláticas é instrucciones que tan frecuentemente hizo á los pobres, que son por lo comun de los que menos se cuida, y su empeño en comunicar estas mismas ideas á aquellos amigos que juzgaba mas á propósito para ejercer esta obligacion de la caridad. De esto provino la fundacion de su Congregacion, esto es, de un cuerpo de operarios evangélicos destinados á hacer nacer y cultivar la semilla de la fe en las tierras mas estériles. De esto nació el santo deleite con que publicaba el bien que hacian otras congregaciones, á las cuales la envidia hubiera mirado como rivales. « El P. Eudes, decia « el Santo, ha venido con otros sacerdotes de la Normandia á Pa- « ris para hacer una mision, que ha hecho mucho ruido y mucho « fruto. El concurso era tan grande, que apenas cabia el audito- « rio en el patio del hospital de los trescientos: nosotros no te- « nemos parte en esta buena obra, porque nuestro destino es para « el pobre pueblo de las aldeas; pero tenemos el consuelo de ver

« que nuestros pequeños trabajos han servido de emulacion á mu- « chos buenos operarios que los emplean con mas gracia que noso- « tros." ¡Qué fe ó qué humildad! o por mejor decir, ¡qué humildad y qué fe! pues cuando esta es tan viva como era la de Vicente, nunca está sin una profunda humildad.

Ademas de la pureza de la fe, tuvo tambien nuestro Santo su plenitud. Vivia como vive el hombre justo: la fe animaba sus acciones, sus palabras, sus afectos y sus pensamientos. Con el nivel de la fe arreglaba sus juicios, formaba sus proyectos, y ponia en ejecucion sus empresas. Cuanto suelen hacer los demas hombres, ó por movimientos naturales, ó por principios humanos, Vicente lo hacia por motivo y por reglas de fe. Cualquiera idea, aunque se hallase autorizada con las razones de una sabia política, solamente le agradaba en cuanto la advertia autorizada con las máximas del Evangelio, ó en cuanto podia referirse á un fin sobrenatural. Estaba persuadido de que el mal éxito ó el poco adelantamiento en las obras de Dios consiste en que los que están encargados de su ejecucion se fian demasiado en las razones humanas. « No, no, decia en una ocasion; solamente las verda- « des eternas son capaces de llenar nuestro corazon y de guiarnos « con seguridad. Creedme, no hay mas que hacer que apoyarse « con firmeza sobre alguna de las perfecciones de Dios, como so- « bre su bondad, su providencia, su inmensidad; no hay mas que « hacer, vuelvo á repetir, que afianzarse bien sobre estos funda- « mentos divinos, para llegar á ser perfectos en poco tiempo. No « quiero decir que no sea bueno valerse de razones eficaces para « quedar convencidos; pero siempre debemos usar de estas razones « con subordinacion á las verdades de la fe. La esperiencia nos « enseña que los predicadores, arreglando sus sermones á las « luces de la fe, sacan mas fruto para las almas que cuando « los adornan con discursos humanos y con argumentos de filo- « sofia; porque las luces de la fe siempre están acompañadas de « cierta uncion celestial, que se introduce secretamente en los co- « razones de los oyentes; de lo cual se puede inferir cuán nece- « sario sea, tanto para nuestra propia perfeccion como para pro- « curar la salud de las almas, el acostumbrarnos á seguir siem- « pre y en todas las cosas las luces de la fe."

Seguia Vicente tan generalmente estas santas luces, que eran para él como aquella lámpara encendida que servia de guia á todos los pasos del Real Profeta [1] : *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis.* Con la luz de esta lámpara, que alumbra en los lugares mas oscuros, veia en los objetos sensibles lo que no pueden ver en ellos los ojos corporales. «Si considero, «decia, á un hombre rústico ó á una pobre muger segun su es«terior y segun lo que manifiesta su talento, los veo tan ma«teriales y groseros, que apenas puedo distinguir en ellos la figu«ra y las señas de racionales; pero si los miro con las luces de la «fe, veré que el Hijo de Dios que quiso ser pobre, se nos repre«senta en estos pobres; que en su pasion apenas conservaba la «figura de hombre; que pasaba plaza de insensato para con los «gentiles, y de piedra de escándalo para con los judios; y con «todo eso se glorió de llamarse Evangelista de los pobres: *Evan«gelizare pauperibus misit me.* [2] ¡O Dios! ¡Qué dignos de despre«cio parecen los pobres cuando se les mira segun las ideas de la «carne y del mundo! ¡Pero qué delicia es el mirarlos cuando se «les considera en Jesucristo, y segun la estimacion que el Señor «hizo de ellos!"

Esta era la fe de nuestro Santo; pero para poder mejor juzgarla, basta pasar la vista por las demas virtudes suyas. Por la escelencia y abundancia de los frutos se viene en conocimiento de la fortaleza y vigor de la raiz que los produce. Hemos visto el zelo con que Vicente trabajó en la conversion de los hereges, de los renegados y de los infieles: en todas estas ocasiones se dejó ver su fe en el mayor esplendor.

CAPITULO III.

Su confianza en Dios, y su conformidad con la voluntad divina.

Tuvo Vicente la virtud de la confianza en Dios en un grado tan eminente, que á imitacion del *Padre de los creyentes*, como di-

1 Salm. 118. v. 105.
2 Luc. c. 4. v. 18.

ce el Apóstol, [1] *esperaba muchas veces contra la misma esperanza.* Emprendió cosas que no se hubieran atrevido á emprender ni aun los príncipes, y sostuvo unas fundaciones que parecian desesperadas. La providencia de Dios era todo su recurso; y este Dios, fiel siempre en sus promesas, nunca le faltó. Cuando le proponian algun negocio, luego que se aseguraba de que dimanaba de Dios, se valia de todos los medios que juzgaba á propósito para lograr su buen éxito; pero era muy diferente de aquellos que no dejan piedra por mover, y que á todos interesan en sus ideas; dejaba obrar á Dios en cuanto le era posible, y esperaba de él los medios y el momento á propósito para lograrlo. Si alguna persona, movida de las razones de la humana prudencia, le hacia presente que no habia apariencias de que llegase á perfeccionar lo comenzado, respondia: «Dejemos obrar á nuestro «Señor: esta obra es suya, y ya que él nos inspiró este pensamien«to, vivamos seguros de que la acabará por el medio que mas le «agrade: él será nuestro director y nuestro ayudante en un tra»bajo á que él mismo nos ha convidado."

Si daba principio á algun negocio, persuadido de que era obra de Dios y del agrado de su Magestad, no le acobardaban los gastos, los trabajos ni las dificultades; los obstáculos solo servian para darle mas ánimo: nada le detenia. Mil veces le representaron que los gastos necesarios para el sustento de los ordenandos y del gran número de personas que todas las semanas se retiraban á S. Lázaro, pondrian aquella casa en peligro de perecer, y otras tantas respondia *que los tesoros de la Providencia eran inagotables; que la desconfianza afrentaba á Dios, y que primero arruinarian á su Congregacion las riquezas que la pobreza.* Cierto dia, víspera de órdenes, le dijo el procurador muy sobresaltado, que ni un cuarto habia para acudir al gasto necesario. *¡Oh! y qué buena noticia*, esclamó Vicente; *Dios sea bendito: ahora es cuando debemos manifestar la confianza que tenemos en Dios.* Semejante respuesta dió á un abogado del parlamento que, habiéndose retirado á hacer ejercicios en San Lázaro, y admirado de ver tanta gente en el refectorio, le preguntó, ¿de dónde sacaba con que mantener tantas bocas de domésticos y forasteros? No por esto quiero decir que

1 Rom. c. 4. v. 18.